

PROCESOS DE VALORIZACION Y ECONOMIAS REGIONALES: LA GENERALIZACION DE LOS ENCLAVES PRODUCTIVOS

Fernando Jeannot

INTRODUCCION

Existen varias maneras de realizar el estudio de la realidad regional en América Latina. En los comentarios que siguen adoptamos un enfoque que busca resaltar las principales causas cualitativas que determinan la utilización concentrada del espacio económico.

Las regiones económicas de cualquier país latinoamericano están sometidas a fuertes condicionamientos extraregionales, que proyectan sus efectos en una instancia comprendida en los mismos, tal cual son los espacios subnacionales. Las relaciones sociales de producción, distribución y consumo de bienes definen en su naturaleza al capital regional, quien —al mismo tiempo— constituye un ejemplo prototípico de estos procesos pluriregionales con impactos en áreas de menores dimensiones.

Si aceptamos que la acumulación de capital social constituye la variable principal del crecimiento regional, queda justificado el hecho de que giremos nuestra atención hacia los tres aspectos principales de la modernización capitalista de nuestros países. Esos tres aspectos son las metrópolis, el campo y la industria, quienes no se comentan en este caso desde el punto de vista formal, sino desde el punto de vista de las relaciones económicas que propenden ciertas configuraciones de los procesos de valorización y desechan otras. Resulta entonces, que el estudio de los procesos de valorización en las metrópolis, el agro o la industria, dan razón de la modernización regional y sus correlatos, especialmente el anclaje de tendencias involutivas o la cristalización de los enclaves productivos a través de sucesivas etapas de crecimiento.

La modernización industrialista a la que

están compelidas las regiones latinoamericanas como consecuencia de una evolución universal de los regímenes económicos, no está situada actualmente en un sendero cierto de evolución y progreso. Diferentemente, incertidumbres no menores tienen cabida dentro de los escenarios respectivos en función de factores domésticos o internacionales.

Al contrario de lo que se supuso como inherente a la industrialización subdesarrollada de nuestro medio, el conjunto de las estructuras productivas no se encuentran hoy en día en una etapa evolutiva que permita juzgar como irreversible la modernización regional alcanzada. En todo caso, podríamos decir que esa modernización es demasiado lenta y se encuentra excesivamente focalizada, tanto en el espacio como en los grupos sociales que animan los procesos del mismo carácter. Ciertos dinamismos particulares y ciertas redistribuciones del ingreso también especiales no invalidan esta línea de razonamiento.

Con comentarios como los de los párrafos precedentes se actualizan dentro de los medios académicos e intelectuales de América Latina, algunos debates que nacieron hace ya tiempo y con respecto a los cuales sería sumamente aventurado calificarlos de concluidos. Así, en nuestro entender cobran nueva vigencia consideraciones sobre temas como las transiciones en las sociedades del subdesarrollo y sus efectos sobre los escenarios regionales, la significación de las llamadas "actividades motrices" o las implicancias de los ejes espaciales de desarrollo previstos como expansivos. Si enfocamos estos asuntos demarcándo-

nos de las limitaciones propias a los análisis formales, casi sin interrupciones, debemos pasar a considerar el rol del Estado-gobierno en la regulación regional, la relevancia real de los ritmos de crecimiento del producto y los campos en las formas de apropiación de los excedentes.

A fin de colaborar en el compendio y sistematización de los temas precedentemente evocados a manera de ejemplos, estas notas argumentan en base a una idea que sirve de núcleo central a las mismas. Ella consiste en afirmar que la dinámica precedente de la evolución regional latinoamericana y la reestructuración actual del industrialismo internacional, promueven en el presente una reproducción de las economías tipo enclave en los países del conjunto multinacional citado, aun en aquellos de mayor desarrollo industrial relativo.

Ante tal objetivo central de los comentarios precedentes, bien podrían plantearse interrogantes como los siguientes:

¿Por cuáles razones algunos grupos sociales sustentan proyectos sociopolíticos dirigidos a "partir en dos" los países y las regiones?

¿Por qué podemos reemplazar el mítico concepto de "desarrollo" regional por el de acumulación de capital social?

¿Cómo resultan las megalópolis latinoamericanas una consecuencia específica de nuestros estilos de crecimiento?

¿Podrán las actividades agropecuarias adap-

tarse a los cambios inminentes en la producción de insumos industriales y satisfactores básicos que inducirán los centros del industrialismo?

¿Puede existir o haber existido una industrialización nacional o regional sin actores sociales, que sustenten un proyecto de tal naturaleza con la suficiente consistencia y capacidad hegemónica?

Para situarnos dentro del campo de alternativas que abren estas preguntas y la hipótesis general anotada más arriba, comenzamos por reseñar la problemática del capital social en las regiones. No resulta excesivo recordar desde ya, que el capital no es sustancialmente una cosa, sino que son las relaciones económicas quienes componen los fundamentos del mismo. Las cosas (tierras, maquinarias, dinero, etc.) constituyen diferentes formas que adquieren las relaciones sustantivas de dominación-subordinación para la producción, la distribución y el consumo de bienes.

El párrafo anterior no tiene más objeto que destacar un recordatorio. La mayor parte de los temas abordados en las páginas siguientes utilizan conceptos generales como el que viene de ser anotado, pero se dirigen a dilucidar una serie de aspectos relativos a la evolución regional. En ese sentido, el capítulo uno se ocupa de las tendencias generales en la acumulación del capital social regional.

Una vez que se dibujaron los principales trazos de las tendencias globales de la acumulación industrialista en nuestras regiones,

pasamos a recopilar elementos de juicio sobre tres subconjuntos estratégicos de la acumulación nombrada. Por ello, el capítulo dos se refiere a las metrópolis, el tres al campo y el cuatro a la industria.

La temática del desarrollo regional otorga un lugar importante a la cuestión metropolitana, especialmente en América Latina. Muy lejos de las racionalizaciones teóricas sobre el tema, las aglomeraciones ciudadinas de grandes dimensiones no se relacionan positivamente con el desarrollo de la productividad del trabajo ni en la industria ni en los servicios. Simplificando algo rápidamente la cuestión, podríamos decir que ellas constituyen un medio propicio para la difusión de las rentas de situación o de los mercados de trabajo informales, pero no para el rápido tránsito de los componentes de la fuerza laboral en sus diferentes niveles, hacia estratos de productividad superiores.

El sector agropecuario tiene ante sí un imperativo claro de la modernización industrialista. Ese condicionamiento de la evolución proveniente de las transformaciones productivas adoptadas por los capitalismo y los colectivismos centrales, representa la tendencia a abaratar y diversificar constantemente tanto la producción de los alimentos destinados a reconstituir y mejorar la fuerza laboral, como a proveer de los insumos industriales necesarios a las empresas manufactureras.

Las industrias constituyen el sector predominante en los regímenes económicos del presente. También cabe recordar muy rápidamente

te que las relaciones predominantes son diferentes de las hegemónicas. Teniendo en cuenta estas bases interpretativas, los efectos de las implantaciones industriales en las regiones son cruciales. Sobre todo, porque la presencia de complejos industriales muy avanzados tecnológicamente no redundará en una atenuación de la heterogeneidad estructural prevaleciente y hace —al mismo tiempo— imposible el despegue de la productividad global de los factores. He allí una especificidad notable del subdesarrollo.

Teniendo en cuenta las características que vienen de ser sugeridas con respecto a los tres pilares de la acumulación de capital social, es decir, las grandes ciudades, las actividades agropecuarias y las industriales, resulta admisible aceptar que la modernización de las economías regionales de América Latina no puede integrar los enclaves productivos en sus contextos respectivos y que existen fuertes razones para prever una permanencia tendencial de este tipo de situaciones en el futuro 2001. En un sentido contrario, avanzar con certeza en la modernización representaría dotar de plasticidad estructural ante el cambio a esos tres ejes cualitativos de la modernización a que hemos hecho referencia repetidamente.

Cerramos estas notas con las conclusiones, referencias y aclaraciones del caso.

1. ACTUALIDAD DEL DESARROLLO REGIONAL

geo-económicas del país, cuyos componentes están ligados por la proximidad espacial y articulados por el proceso de acumulación de capital social. De esa manera, esta conceptualización introduce nuevos matices en la habitual idea de “regiones de desarrollo”, porque suprime la relación directa con una idea demasiado general de “desarrollo” y la liga a la evolución de la acumulación de capital social.

Al excluir la variable “desarrollo” del concepto, intentamos acotar el análisis del fenómeno regional no para reducir arbitrariamente el campo de reflexión, sino para ligarlo coherentemente a una teoría de la transformación social y regional. Con lo que queremos decir lo siguiente: el análisis regional comprende habitualmente varios subconjuntos como el estudio de las condiciones naturales (clima, topografía, suelos, etc.), el de la población, el de la urbanización, el de las instituciones políticas y otros no enumerados en esta oportunidad. De todos esos aspectos del análisis regional privilegiamos la consideración de los factores económicos con una selección o síntesis especial para los fines de este estudio. Hasta aquí, creemos haber explicado el por qué no realizamos una reducción arbitraria del campo de reflexión, sino que solamente trataremos especialmente ciertos problemas en una división del trabajo intelectual ya conocida. Al mismo tiempo, hablamos de ligar nuestro estudio a una teoría de la transformación. En efecto, la comprensión de la dinámica concentradora y excluyente del capitalismo latinoamericano no puede ser aprehendida si no se interpreta desde las profundas modifica-

ciones acaecidas en el tránsito hacia las sociedades de masas del presente. Ese ascenso de nuestras sociedades precapitalistas hasta las economías de grandes conjuntos poblacionales de hoy en día, ha configurado una diagramación regional de la actividad económica concentradora y excluyente, que normalmente seguirá registrando numerosos desequilibrios de no mediar una verdadera estrategia colectiva de transformación social. Como se ve entonces, las transformaciones ya acaecidas y las probables del futuro están reclamando de una teoría interpretativa, que permita utilizar métodos de análisis racional para diversas situaciones concretas del presente.

Este tipo de preocupaciones están motivadas por un conjunto de debates referidos a la problemática actual del desarrollo económico nacional y regional. Probablemente, el punto central de este grupo de discusiones esté constituido por las insuficiencias que registran los estilos de desarrollo latinoamericano, para dinamizar la producción capitalista y —en consecuencia— difundir los frutos del progreso técnico en la aplicación del trabajo humano al universo de regiones que componen las economías nacionales. La incapacidad recién anotada de nuestros estilos de desarrollo dio lugar a la búsqueda de un enfoque alternativo para la problemática nacional y regional del capitalismo latinoamericano,¹ que pone el acento por primera vez en la satisfacción de las necesidades básicas de la población y no en la acumulación de capital físico, sosteniendo un orden de prioridades que modifica sustancialmente el concepto habitual de desarrollo.

El panorama con respecto a la satisfacción de las necesidades básicas resulta problemático, tal como tratamos de resumirlo en párrafos posteriores. De todas maneras, no cabe duda que la trayectoria del capitalismo latinoamericano, en lo que va de este siglo, está definida por los éxitos y los fracasos en el intento de modernizar nuestros países siguiendo el tipo de acumulación adoptada por las naciones céntricas del capitalismo mundial; es decir, una acumulación incrementalista que relega las condiciones de vida de las poblaciones.

En todas estas precisiones sobre el enfoque adoptado, cabe destacar que nuestro concepto de capital social² difiere sustancialmente de su derivado de capital físico,³ el cual constituye el principal objetivo de los esquemas incrementalistas de acumulación. Por todo lo anterior, creemos que resulta conveniente relacionar de cerca el desarrollo regional a la acumulación de capital social y a la interpretación de las transformaciones que le corresponden, puesto que resulta cada vez menos pertinente juzgarlo por medio de pretendidas leyes económicas universales o bien, intencionados proyectos gubernativos.

En el último sentido anotado, la expansión de las grandes empresas públicas o privadas, nacionales o internacionales, impactan decisivamente en el crecimiento regional por los efectos de esas implantaciones empresariales hacia adelante o hacia atrás de la cadena que implementa la acumulación. Normalmente, las regiones económicas son conjuntos “abiertos” por el grado de intercambio y relaciones de

poder que establecen con el resto de las regiones que se relacionan con ellas, por lo que todas las etapas de la producción están sometidas a fuertes condicionamientos por parte de factores extrajeros a la región. Las implantaciones empresariales de grandes dimensiones toman estos aspectos como dato y difícilmente se constituyen en centros de poder subordinados a las autoridades regionales. Por el contrario, el horizonte de las grandes empresas debe ser forzosamente extraregional. Quiere decir entonces, que la presencia de las grandes empresas de la región es mucho más que un problema de localización de firmas, porque su acción gravita preponderantemente en la producción y las relaciones de poder que tienen lugar en la región.

Nuestra mención a las relaciones de poder en más de una oportunidad no es casual. Desde hace tiempo, algunos especialistas en cuestiones regionales teorizaron sobre las relaciones de dominación-subordinación entre regiones.¹ En nuestro medio latinoamericano se adaptaron esa clase de razonamientos al conocido "enfoque de la dependencia"² y en el presente estamos en condiciones de actualizar el planteo de ese tipo de problemas con algunos comentarios como los que hacemos a continuación.

La mayoría de las obras conocidas por el público latinoamericano hace quince o veinte años y que se ocupaban de la teoría o la política del desarrollo regional, se caracterizaban por una predilección marcada hacia los aspectos formales del crecimiento regional. Esta

situación cambió posteriormente. Tal vez uno de los ejemplos más ilustrativos de las posibilidades y limitaciones que tienen las regiones como unidades de crecimiento y desarrollo lo dé el contenido de la propia literatura especializada, el cual durante los últimos tiempos abandona casi por completo la temática de las "estrategias de desarrollo polarizado" para incorporar, desde diferentes perspectivas, la problemática del régimen de poder. En este último sentido, F. Perroux adiciona a sus numerosas publicaciones algunos intentos teóricos de incorporar las relaciones de poder a las distintas instancias de las relaciones económicas.^{6 y 7}

Pero las teorías del desarrollo polarizado tal vez ya habían encontrado ámbito de funcionamiento empírico en los centros industriales del mundo y no en la periferia subdesarrollada. En los centros del capitalismo como fruto de la expansión del llamado "complejo militar industrial", liderado por grandes empresas,⁸ que diagrama sucesivamente distintas utilizaciones del espacio en función de los perfiles tecnológicos del momento;⁹ y en los centros del colectivismo, donde las actividades expansivas (es decir las que incrementan rápido el empleo y la producción) se constituyen en función de una programación física y financiera centrada también en las grandes empresas. En ambos centros del industrialismo se difunden a amplios espacios los efectos multiplicadores del progreso técnico que utilizan habitualmente esas grandes unidades económicas. En ambos centros, son grandes complejos industriales los que constituyen el foco de irradiación y grandes concentraciones

financieras las que hacen posible diversos tipos de transacciones para la producción.

Dada la dinámica estructural de los centros del industrialismo, esas grandes empresas no se constituyen en enclaves regionales, sino que por el contrario se integran a los otros componentes regionales con desequilibrios menos marcados que en el caso de las economías subdesarrolladas. Resulta entonces curioso, revisar alguna literatura que limita el análisis de los polos de desarrollo al medio latinoamericano (y tercermundista en general), el cual no evidencia hasta hoy en día una estrategia clara de desarrollo por oposición a los centros capitalistas o socialistas del industrialismo;¹⁰ con ello queremos decir que los éxitos de la estrategia centrada en las grandes empresas, probablemente se lograron en los emporios industriales del planeta y no en los medios industrialmente rezagados, porque allí se reunían las condiciones estructurales propicias para su implementación. Los entusiastas críticos de nuestros países no debieran perder de vista esta situación de la problemática regional.

La corriente dependientista —como es sabido— se destacó siempre por resaltar diversas manifestaciones de la desnacionalización de las economías latinoamericanas. Provieniendo de las fuentes teóricas del marxismo en general, por mucho tiempo parecieron ser en numerosos medios latinoamericanos los únicos poseedores de una teoría de la transformación social. Hoy en día podemos dudar fuertemente de ello, porque la mayoría de los representantes de ese enfoque de la dependen-

cia difícilmente avanzan sobre la conocida crítica global del capitalismo, para arribar a proponer orientaciones concretas de la transformación social deseada.¹¹ Más aún, el mencionado enfoque de la dependencia parece sugerir un eterno “retorno a las fuentes”,¹² sin solución de continuidad.

Refiriéndonos más particularmente a los estudios regionales, tenemos que el enfoque de la dependencia precisa un cauce determinado para los estudios, al desarrollar la idea de que un capitalismo nacional autónomo es inviable en América Latina. En ese sentido general, los procesos de valorización serán insuficientes con respecto a las potencialidades productivas de los países con sus regiones respectivas y la utilización del espacio no tendrá posibilidad de aprovechamiento expansivo (excepciones confirmatorias de la regla mediante) por un proceso de crecimiento capitalista subordinado a los centros del capitalismo internacional.¹³

Entre los publicistas del enfoque de la dependencia y sus colegas del enfoque estructuralista se desataron fuertes polémicas, muchas de las cuales pueden ser ignoradas para beneficio del desconocedor, mientras que otras deben ser revisadas atentamente. Tratando de aclarar la situación actual del debate, hemos anotado en otro informe algunas precisiones sobre el contenido de un enfoque estructural,¹⁴ sobre todo para invalidar la procedencia de ciertas proyecciones arbitrarias como el neo-estructuralismo. Igualmente, intentamos prolongar esas afirmaciones en el desarrollo del presente escrito. Especialmente,

enfaticamos la vigencia de los bloques al desarrollo regional por la persistencia de un régimen acumulativo del capital, que determina recurrentemente la concentración y la exclusión en los resultados de ese proceso incremental. Las consecuencias en cuanto a la reinserción actual en el modelo centro-periferia,¹⁵ no parecen erradicar los viejos defectos de nuestra inserción en el orden internacional, sino que —por el contrario— los reeditan con efectos negativos sobre nuestras posibilidades regionales de iniciar un proceso de crecimiento nacional cada vez más autónomo y dinámico.

Coherentemente con todo lo anterior, el conjunto de los recursos productivos en cada uno de nuestros países no tienden claramente a la homogeneidad estructural, sino a su contrario. De acuerdo a la heterogeneidad estructural de los factores y recursos productivos, difícilmente podríamos implementar una estrategia regional de "equipamiento del territorio",¹⁶ que supone ordenar poblaciones y actividades en un espacio terrestre continuo, donde por principio es necesario contar con una homogeneidad estructural mínima indispensable, la cual no se registra en América Latina. Con respecto a la otra estrategia ya mencionada de los polos de desarrollo, la opinión especializada es casi unánime en reconocer que los resultados en ese sentido, dentro de nuestro medio latinoamericano, han sido la recreación de enclaves dentro de las regiones impactadas por la implantación de esos "focos de crecimiento".

Por nuestra parte, hemos proyectado esta tendencia general que no resuelve la hetero-

geneidad estructural típica del subdesarrollo, describiendo los intentos involutivos que periódicamente intentan implementar los elencos gobernantes de algunos países latinoamericanos.¹⁷ Pero —e independientemente de los casos nacionales particulares— resulta sumamente claro que todos los países latinoamericanos encuentran una determinación objetiva en la naturaleza de los recursos y factores productivos puestos en valor por la producción nacional y regional: si esa dotación de factores y recursos no va pasando progresivamente de Estados heterogéneos a Estados homogéneos, la modernización del crecimiento basado en la industria se encontrará frenada reiteradamente y el crecimiento del producto (cualquiera fuera la cuantía de sus tasas sucesivas) reproducirá en un estadio superior los enclaves productivos (obviamente que los conceptos "heterogéneos" y "homogéneos" se refieren a términos relativos y no absolutos).

Actualmente, parece ser poco menos que una constatación suficientemente probada, que el funcionamiento espontáneo de las llamadas economías mercantiles no tienden a resolver los problemas regionales tradicionales, como la utilización dilapidadora del espacio y otros semejantes. También el debate latinoamericano pasó por este tipo de problemática. Sobre todo, tratando de identificar los agentes económicos susceptibles de actuar como resolventes de esos procesos bloqueados. Se pensó entonces, que solamente los gobiernos podrían actuar volitivamente y más allá de las "leyes del mercado", para lograr —por ejemplo— un desarrollo espacial equilibrado. Ese fue uno de los presupuestos bási-

cos del proyecto socioeconómico de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina), el cual constituye un referente obligatorio dentro del "pensamiento" latinoamericano¹⁸ en ciencias sociales.

Pero esa bibliografía básica correspondiente a la CEPAL mereció numerosas reservas. Desde diversas perspectivas doctrinarias se criticó al proyecto socioeconómico de la CEPAL. Con seguridad ocupaban los extremos del conjunto de críticos, por un lado, el estatismo de filiación marxista y, por el otro lado, el liberalismo neoclásico. Con respecto a las cuestiones regionales, las confrontaciones teóricas resultaron ser más implícitas que explícitas y derivadas de la propuesta global de política económica gubernamental. Desde un Estado revolucionario hasta un Estado gendarme, la propuesta de la CEPAL claramente ubicada en posiciones intermedias a las señaladas, se orientó decididamente a proponer una serie de reformas nacionales y regionales.

Una gran parte de esas posiciones doctrinarias (con excepción de las marxistas) tendían a identificar las actividades "motrices" a nivel regional con aquéllas que fueron proveedoras de las llamadas economías externas. Un ejemplo típico en este sentido son las empresas del gobierno proveedoras a las empresas privadas de los diferentes tipos de transportes con precios subvencionados. La experiencia del regionalismo en América Latina mostraría luego reiteradamente que tales actividades motrices (es decir, proveedoras de economías externas) no bastaban para que los frutos del

progreso técnico se difundieran al conjunto regional, sino que esas economías externas eran captadas concentradamente por las empresas privadas en su producción y beneficios.

Creemos importante recordar esta experiencia latinoamericana en cuanto a la provisión y al aprovechamiento de las economías externas, en tanto que causantes de determinados efectos sobre el crecimiento regional, porque hasta hoy en día es sumamente habitual dar por supuesto los efectos dinamizadores del conjunto de la producción regional en función de esas "actividades motrices".¹⁹

Sostendremos la idea a lo largo de nuestro trabajo, que por dos órdenes de razones un Estado empresario especializado en la provisión de infraestructura física y otras economías externas, resulta francamente inhabilitado para orientar el crecimiento regional y nacional. Esas dos órdenes de razones se refieren, en primer lugar, a la evolución misma de los aparatos institucionales de los gobiernos latinoamericanos y, en segundo lugar, a la evolución de las formas productivas del capitalismo contemporáneo. Solamente podrá ese Estado-gobierno acometer con posibilidades de éxito esas tareas rectoras de la economía, si desarrolla el poder de regulación que le otorga la implementación del conjunto de instrumentos de política económica nacional y regional,²⁰ a partir o no de la provisión de economías externas para la producción.

Con el tipo de presupuesto teórico que venimos de anotar, es lógico que difiramos de una afirmación como la siguiente (refiriéndose

a las condiciones regionales y de competencia de las empresas privadas nacionales en los mercados internacionales):

“...En estas condiciones sólo la autonomía política de los gobiernos nacionales y su propia capacidad de crear empresas públicas y de financiar la investigación tecnológica, pueden proporcionar medios para aumentar la capacidad de innovación que es indispensable para asegurar un desarrollo nacional autónomo. Para corregir estas desigualdades, en el orden internacional se han postulado los procesos integrativos internacionales y su consecuencia lógica, la empresa multinacional regional”.²¹

Nuestra divergencia está motivada en creer que la sola expansión patrimonial del Estado-gobierno en empresas de su propiedad, garantiza cada vez menos sus posibilidades rectoras del conjunto de la economía. Ello sucede porque la implantación estratégica de las grandes empresas privadas internacionales se basa cada vez más en una operatoria sumamente dinámica y cada vez menos en las inmovilizaciones patrimoniales. Si los Estados-gobierno confiaran sus posibilidades de respuesta al poder transnacional, tanto en el plano doméstico como en el internacional, a una base patrimonialista de su poder económico, no harían más que autolimitarse a funciones cada vez más subsidiarias de la acumulación capitalista transnacional de punta y cada vez menos proveedora al Estado-gobierno de instrumentos regulativos.

jante a la anterior, si los Estados-gobierno reducen sus posibilidades de regulación económica a la manipulación de los instrumentos de la política financiera, tanto nacional como regionalmente, no harán más que incentivar el conjunto de desequilibrios sectoriales y globales que caracterizan la tradición de nuestras economías. Es que la persistencia de diferentes “cuellos de botella” en el crecimiento y desarrollo regionales tienen tal gravitación que las políticas tradicionales de un gobierno, jugando como intermediario financiero especial, no poseen atributos correctores de esos estrangulamientos nombrados. El importante grado de desintegración nacional que corresponde a nuestro carácter de economías dependientes, la insuficiente valorización de la potencialidad de los factores productivos que poseemos, la sobre o la subdimensión de las ciudades, y —sobre todo— un proceso industrializador indefinido actualmente en cuanto a su progresividad y capacidad de modernización de los conjuntos nacionales y regionales, constituyen algunas de las causas que justifican la necesidad de un Estado-gobierno regulador de la economía, a través de la compatibilización de las estrategias de política globales y sectoriales.

La planificación podrá ser entonces un instrumento eficaz de ordenamiento de la política económica, si nación y regiones son influidas por una política estatal de regulación basada, primordialmente, en la implementación efectiva de los instrumentos correspondientes. Con instituciones especializadas grandes o pequeñas. Varios ejemplos (E.E.UU., Suecia) muestran que se puede implementar

una programación gubernamental eficiente sin necesidad de contar con un aparato institucional sobredimensionado; en esos casos, la planificación se basa en la capacidad de manipulación de la información y en la de implementación efectiva de las medidas de política, mucho más que en la existencia de un frondoso estamento burocrático al efecto²² o de una base patrimonial excesiva.

En la actualidad vemos con mayor realismo aquella mistificación de las posibilidades intrínsecas a un sistema de planificación que se divulgaron hasta hace poco tiempo. Hoy en día, somos cada vez más conscientes de que la planificación no es resolvente ni del subdesarrollo nacional ni del subdesarrollo regional; que es solamente una técnica de ordenamiento de la política económica y que aun en ese sentido los progresos latinoamericanos no son todo lo veloces que debieran ser en función de la gravedad de los problemas a resolver.²³ Ello de ninguna manera implica menospreciar los avances logrados especialmente en la documentación y organización de la planificación.

Auxiliados de distinta manera por los proyectos y programas nacionales o regionales, los responsables de la política deberán enfrentarse a una serie de restricciones que afectan decididamente el desarrollo sub-nacional, como lo ejemplificamos a continuación, siguiendo una referencia habitual en las cuestiones de regionalismo:²⁴

– Los proyectos de desarrollo regional de conjunto tienden a fracasar también globalmente;

- Las desigualdades en la distribución del ingreso no cambian el curso inequitativo de su reparto;
- Las políticas de ocupación y empleo no favorecen la utilización intensiva de la mano de obra;
- El régimen educativo cristaliza la estratificación social en vez de modificarla;
- La industrialización agudiza las diferencias regionales en cuanto al balance de la riqueza;
- Con algunas excepciones, se promocionan diferentes tipos de industrias y no el crecimiento regional de conjunto;
- Mientras el Estado siga especializándose en la provisión de infraestructura económica y social básica, los beneficios de las actividades promocionales del gobierno serán captados concentradamente; y
- La implementación de una política gubernamental de tipo exclusivamente financiera redundará en los mismos resultados concentrados.

La significación de estas restricciones detalladas a manera de ejemplo, bastarían por sí solas para reclamar una conducción estratégica de la política económica nacional y regional. Entonces, en virtud de la dinámica regional y nacional constatada en nuestras economías, cabría plantear algunas prioridades en los estudios regionales, como entende-

mos adoptar de una manera especial en nuestras investigaciones, y que serían las siguientes:

- a. Proyectar el análisis económico en el análisis de la política económica, internalizando las variables del poder;
- b. Interpretar los acontecimientos de corto plazo en función de las tendencias de plazos más extensos, causa de la evolución productiva del capitalismo contemporáneo; y
- c. Avanzar en la construcción de escenarios alternativos.

Muy probablemente, durante el seguimiento de esas prioridades investigadas, nos encontraremos que la teoría de la apropiación registra un cierto retraso con respecto a la teoría de la producción. En efecto, pareciera que el análisis de la apropiación de los excedentes ha sido escasamente traducido desde los esquemas más abstractos a los términos empíricos. En este último sentido, tendríamos que en nuestras economías nacionales y regionales se registran fundamentalmente cuatro fuentes de ingresos elevados,²⁵ que no se relacionan necesariamente con la inversión reproductiva en el conjunto de las ramas de actividades, depreciando fuertemente las posibilidades de empleo y remuneraciones para el conjunto de los factores productivos. Especialmente, podríamos ir perfeccionando una tipología de situaciones con respecto a las cuales ya imaginamos el criterio ordenador de base:

Concentración nacional seguida de concentración regional; exclusión social a nivel

nacional seguida de exclusión social a nivel regional.

Por todo lo anterior, cabe preguntarse si nuestras economías nacionales y regionales tienden a la acumulación de capital social o a la desacumulación del mismo. Teniendo en cuenta las finalidades de nuestro plan de trabajo, vamos a brindar una serie de elementos de respuesta relativos a ese interrogante en los tres apartados venideros. El primero se refiere a un fenómeno espacial característico de la problemática urbana (la metropolización), y los dos posteriores a las ramas de actividad económica (en este caso, considerando sucesivamente el grupo de las actividades agropecuarias y el de las industriales), que deciden la división campo-ciudad.

2. METROPOLIS Y ECONOMIA DE LA AGLOMERACION

El crecimiento sobredimensionado o subdimensionado de las ciudades latinoamericanas constituye el gran problema ecológico de los países de la región. Una fuerte concentración de la población en los centros urbanos ayuda a que esos "habitantes" de las ciudades desarrollen con verdadero frenesí sus instintos ecocidas,²⁶ al mismo tiempo que la ocupación de la mano de obra en edad activa no se relaciona positivamente con la expansión de las actividades productivas. Es decir, en este último sentido, que los pobladores urbanos fijan su residencia como tales por las expectativas en cuanto a ingresos o a educación o a ciertos consumos colectivos, pero no pueden asociar ese asentamiento residencial a una evo-

lución industrial que mejore sostenidamente los niveles medios de productividad en los centros urbanos. Por ello, si en los centros del capitalismo la revolución industrial acompañó el crecimiento urbano, en la periferia latinoamericana las aglomeraciones citadinas no pueden relacionarse con ninguna industrialización diversificada o integrada del sector manufacturero. En nuestros países, la relación más clara que puede establecerse para asociar el incremento de la población urbana a alguna otra variable, se corresponde con el aumento de la población total. Es por ello que en este aspecto, así como en otros, estamos motivados a reconocer el peso decisivo de los problemas de población en los procesos de producción, distribución y consumo de bienes.

El crecimiento espontáneo de la población determina que los flujos migratorios internos e internacionales sean cada vez menos controlados por los gobiernos latinoamericanos. Obviamente que este control no implica necesariamente una política autoritaria; muy bien puede contener los grados de flexibilidad y de respeto a las libertades civiles que constituyen el fundamento de todos los regímenes democráticos. Pero lo que resulta cada vez más urgente para el conjunto de los países latinoamericanos es controlar los flujos migratorios (sobre todo internos), para aproximar un poblamiento urbano menos acelerado globalmente y más equidistribuido en las ciudades de diferentes dimensiones. La tendencia general de migración campo-ciudad es irreversible, pero esas corrientes migratorias pueden transformarse en diferentes formas de crecimiento urbano. Hasta el momento, lo que pre-

domina es la fuerte preferencia de los migrantes por las grandes aglomeraciones urbanas, sin que las ciudades de tamaño medio, que encuentran a su paso en los traslados migratorios, cuenten con un poder de atracción suficiente como para que una parte significativa de ellos fije su residencia allí y no en las metrópolis. En este sentido, una política de población exitosa unida indispensablemente a una política de producción, lograría crear motivaciones para que los emigrantes del campo decidieran establecerse en ciudades de tamaño medio o pequeño. Desde la perspectiva de la política de población, vastos programas de divulgación e información deberían proveer a los migrantes potenciales datos que les permitieran optar por un lugar de destino diferente al de las metrópolis. Desde la perspectiva de la política de producción, las unidades locales y regionales debieran explorar las posibilidades no financieras de expansión y desarrollo.

La experiencia latinoamericana de control de los flujos migratorios muestra las enormes dificultades que existen para lograr progresos en este sentido. Probablemente, el caso clásico en la materia sea la ciudad de Brasilia, la cual reprodujo en corto tiempo posterior a su construcción el cinturón de miseria prototípico de las metrópolis.

La distribución del ingreso también manifiesta los resultados de concentración y exclusión que caracterizan a todos nuestros regímenes de crecimiento. No solamente devienen permanentes las diferencias entre ingreso rural e ingreso urbano, sino que se consolidan las

diferencias relativas existentes al interior de las aglomeraciones urbanas entre diferentes estratos de población por tramos de ingresos y por zonas residenciales. Con tales hechos, vemos que las zonas de mayores localizaciones industriales (como lo son las metrópolis) no representan una causal de redistribución equitativa del ingreso, sino que solamente reproducen los mecanismos concentradores de ese ingreso en otro nivel. Claro está que bien pueden existir movimientos redistributivos al interior de tramos de ingresos de diferentes magnitudes.

La industrialización latinoamericana no sólo es tardía por sus rezagos tecnológicos con respecto a los centros, sino también por su incapacidad ocupacional en relación a la población total y a la población urbana. Las ciudades atraen población migrante no para ocuparlas en actividades de alta productividad, sino para que esos migrantes redunden en las numerosas actividades de servicio con baja productividad del trabajo o recreen las formas de marginalidad urbana. Comparado con lo acontecido en los centros del capitalismo, pareciera como si en el subdesarrollo latinoamericano se conjugara industrialización tardía y postrera con urbanización prematura y exorbitante. Las urbanizaciones céntricas del capitalismo también registran una predominancia de las actividades terciarias y una concentración marcada de la población en los medios urbanos, pero la configuración de las ciudades fue definiéndose a lo largo de dos siglos; en América Latina solamente en cincuenta años. En los centros, esos dos siglos registraron un mayor peso relativo inicial del valor

agregado industrial y luego la conocida terciarización de la economía; en la periferia nunca el sector industrial alcanzó tal dinamismo. En los centros, los trabajadores industriales que generalmente residen en las ciudades fueron claramente mayoritarios entre las distintas formas de asalariados, sin que ello se haya reproducido en la periferia. Por todo lo anterior, cabe rubricar este párrafo diciendo que las dos variables cualitativas anotadas —urbanización e industrialización— se han desarrollado históricamente de muy distinta manera en los centros, que en la periferia del capitalismo, dando por resultado en nuestros países latinoamericanos un crecimiento urbano prematuro y exorbitante, el cual nunca tuvo nada que ver con la optimización en la utilización de recursos.

Dados los problemas poblacionales sugeridos más arriba, todos los procesos de crecimiento urbano tienen una contrapartida neceria en otras causales esta vez relacionadas con el campo. Es decir, que las ciudades crecen porque concitan una serie de elementos atractivos de población, mientras que el campo reúne condiciones expulsoras de sus habitantes.²⁷ Ambos tipos de procesos causales (los expulsores de la población del medio campesino y los atractivos de la residencia urbana) no se corresponden con una expansión en la producción y capitalización progresiva de los excedentes que permitiera mejorar los ritmos de formación de capital, como lo requiere la inclusión dinámica en el actual proceso de acumulación internacional. Entonces, como la expansión y la profundización del parque industrial de las ciudades son demasiado lentas,

comparadas con el incremento de la población urbana, las economías de escala (que sería la gran justificación económica de la concentración urbana) rápidamente se transforman en deseconomías que presionan fuertemente la administración económica y financiera de las megalópolis.

Todos estos fenómenos que venimos de reseñar muy brevemente, nos muestran con claridad que el razonamiento formal aplicado a las economías urbanas se encuentra sumamente desvinculado de la realidad, al ignorar la aglomeración como forma de organización de la producción²⁸ citadina. En esas economías de aglomeración, los rendimientos de escala que seguramente obtienen en la producción las empresas de grandes dimensiones, difícilmente se traducen en un abaratamiento relativo de los productos. Con lo que se está sugiriendo que la distribución geográfica de las actividades industriales no propenden a un aprovechamiento, por parte del conjunto público-privado, de los menores costos relativos en la producción, sino que ese mejoramiento en la eficiencia otorgado por las dimensiones de la producción es captado totalmente por agentes privados, a quienes —naturalmente— no les corresponde ocuparse de una distribución armónica de las actividades económicas sobre el espacio geográfico.

Los equilibrios urbanos, tanto en lo relativo al desarrollo del armazón urbano como al desarrollo de las funciones económicas de los mismos,²⁹ constituyen una noción límite totalmente fuera de la realidad de degradación ecológica que representan las aglomeraciones citadinas de Latinoamérica. Sólo cuando la

magnitud de la destrucción del medio ambiente urbano es superlativa, recién entonces la economía política de la urbanización podrá intentar ingresar a las academias.³⁰ En fecha muy reciente, el estamento oficial de los economistas reconoce el parentesco entre economía y ecología cuando las filiaciones comunes están sugeridas en las denominaciones mismas.³¹ Es que la educación formal en economía lleva a inventar equilibrios para poder categorizar el estudio de la realidad —en este caso la urbana— con resultados tan demostrativos como este relegamiento de hechos cotidianos e inmediatos. Tampoco es equilibrado el financiamiento de los costos que quiere el funcionamiento económico de las ciudades. Difícilmente podríamos aceptar que existe en la administración financiera de Río de Janeiro, Caracas o Buenos Aires, una imputación proporcionada de las tasas, tarifas e impuestos, con relación a los beneficios recibidos por los consumos colectivos de esa clase de bienes por parte de cada uno de los grupos sociales que residen en las ciudades. Lo que habitualmente existe es una discriminación más o menos programada de los costos resarcibles entre grupos sociales que resultan perdedores en términos netos y otros grupos sociales que resultan ganadores en los mismos términos. Esos costos sufragados de manera discriminatoria no tienden a integrarse en una evolución dinámica de la acumulación de capital global, porque los grupos controladores del proceso ahorro-inversión no realizan aplicaciones reproductivas que permitan expandir aceleradamente la producción y la productividad como en los centros del capitalismo. Deberían recordar este hecho quienes preten-

den comparar la solución de la crisis fiscal neoyorkina a la similar de las grandes ciudades latinoamericanas: en el subdesarrollo ni la producción ni el financiamiento urbano podrán reaccionar de la misma manera ante una coyuntura recesiva y este hecho condicionará decididamente los términos de consolidación y absorción de la deuda pública urbana. En nuestro medio latinoamericano se agudizan los problemas causados por la baja productividad media de las actividades económicas urbanas (tanto industriales como de servicios), a causa del escaso dinamismo de las fuentes financieras del presupuesto urbano, dando por resultado un agravamiento recurrente de los costos diferenciales que deben pagar los grupos sociales.

De esa manera, el conjunto de desequilibrios en el armazón urbano, en las funciones económicas de las ciudades, en los flujos de financiamiento necesarios para respaldar la producción de bienes materiales, y otras faltas de equilibrio que omitimos mencionar en esta oportunidad, impiden que se considere a cualquiera de esas ciudades como polo de desarrollo; ya que para que así fuera resulta indispensable contar con una red integrada de unidades de rendimientos crecientes de escala y de economías externas. Nuestras economías urbanas —diferentemente— no pueden aprovechar las economías externas en las ciudades a causa del sobredimensionamiento y no pueden aprovechar la progresión de los rendimientos en la producción a causa de las políticas de mercado que siguen habitualmente las grandes empresas privadas instaladas en las ciudades. Estando desintegrada

la red urbana, la producción también presenta fuertes discontinuidades.

Podrán existir, entonces, complejos industriales muy integrados en sí mismos, pero no lo están ni con el conjunto de las actividades económicas con las que se relacionan ni con el espacio geográfico donde se instalan o el que forma su contexto. Desde el punto de vista urbano, no existe habitualmente una red urbana con tal gradación de los núcleos citadinos que permita pensar en un conjunto integrado.³² De manera similar, reflexionando sobre el conjunto regional que comprende las ciudades, forzoso es dudar que éstas puedan ser definidas como “áreas con cierta homogeneidad”,³³ cuando la mayor parte de las variables regionales se caracterizan por su heterogeneidad. Todo esto se relaciona muy de cerca con el planteamiento de las estrategias de crecimiento regional urbano que se discutieron en el pasado (especialmente la de los polos de desarrollo y la de equipamiento del territorio), como con las que podremos dilucidar actualmente o en un futuro cercano.

Los centros urbanos de grandes dimensiones parecen ser el destino de localización predilecto de las grandes empresas conglomeradas privadas. Como es sabido, estas empresas tienen capacidad de afectar directa o indirectamente, pero de manera sustantiva, la orientación de la producción regional y nacional. Su autonomización con respecto a las órbitas nacionales y regionales es tal que se dice que ellas constituyen una tercera economía independiente de la nacional o la internacional.

Con ese grado de independencia, con respecto a los agentes económicos diferentes de ellas, las grandes empresas conglomeradas raramente dejan de tener por lo menos alguna central operativa en las metrópolis, para administrarse eficientemente o para captar las rentas de situación que les posibilita esa implantación metropolitana.

Debería resultar claro que lo anteriormente afirmado no contribuye a remediar la heterogeneidad estructural de nuestras economías nacionales y regionales. En cambio, la expansión de los conglomerados empresariales inciden en la profundización de las discontinuidades horizontales y verticales que presenta la producción nacional y regional en el espacio.

Todo Estado-gobierno que se proponga metas de rectoría económica nacional o regional, debería entonces incorporar estos datos de la evolución productiva para desarrollar sus propios aparatos de regulación. Al mismo tiempo, tener en cuenta que las operatorias empresariales modernas de estos conglomerados posibilitan una decidida concentración del poder, a través de la sistematización de los diversos tipos de informaciones. Correspondería entonces a los gobiernos nacionales y regionales, buscar nuevos mecanismos de poder para permitirse nuevas respuestas pertinentes a la expansión transnacional. De no ser así, el desarrollo habitual y espontáneo de la economía privada recreará el régimen de desequilibrios al que se hizo mención anteriormente.

Con todo lo anterior estamos planteando el análisis real de la economía regional y urbana.

Hemos estado revisando cuáles son las razones de las verdaderas funciones económicas de las ciudades, en otra parte hicimos referencia a las consecuencias de la dispersión geográfica de las actividades y últimamente comenzamos a hablar de los agentes económicos que prevalecen en la estructura de poder nacional y regional. Creemos justificado calificar como "análisis real" de las economías urbanas y regionales a aquél que internalice las variables de dominación-subordinación en el contenido de su reflexión. Desde hace tiempo nuestras economías nacionales, regionales y urbanas se relacionan de distinta manera con varios órdenes de dominación-subordinación. Pero si habláramos de la dominación de una región con respecto a la subordinación de otra, tocaríamos solo una forma de las relaciones de poder. Tan importante como ella, lo es la relación del mismo tipo que ejercitan los conjuntos empresariales radicados en las regiones y metrópolis. Pareciera que ambos tipos de poderes son materia de base para la comprensión de la concentración urbano-regional.

Dentro de los agentes controladores del régimen de poder, hemos hecho referencia a los conglomerados transnacionales y a los Estados-gobierno. Rápidamente se nos podría hacer notar que también existen otros agentes como las empresas privadas nacionales que actúan en el régimen de dominación-subordinación nacional, regional y urbano. La omisión —aparte de las razones de espacio habituales— se debe a que la experiencia latinoamericana mostraría que ese grupo de agentes empresariales privados no ganan posiciones en la pirámide de poder, como para competir efi-

cientemente con los agentes transnacionales. Por lo tanto, todo parece indicar que el único actor susceptible de alcanzar un poder de respuesta competente ante la expansión transnacional es el Estado-gobierno.³⁴ Más efectivo será él mismo, si mayores y mejores son las coordinaciones nacionales, regionales y metropolitanas.

Cabe destacar que más que estar invocando una competencia entre empresas, estamos precisando los contenidos de nuevo tipo que tendría la respuesta nacional, regional y metropolitana, representada por el gobierno y sus empresas, a fin de integrar a los agentes transnacionales privados dentro de los programas de regulación.

Finalmente, las proyecciones a partir de la situación actual de las ciudades latinoamericanas no parece indicar una superación de los viejos obstáculos a la modernización de nuestros países. La sobredimensión de algunos centros urbanos se acompaña con el escaso desarrollo de otros, configurando un desgranamiento brusco de los armazones urbanos que no representa ningún mapa armónico de la urbanización. Del lado poblacional que incide sobre las metrópolis, esa población se reproduce mucho, parece demasiado tarde y se concentra en las ciudades demasiado rápido, sin que a ello se corresponda un incremento suficientemente progresivo de la productividad media de las actividades económicas urbanas. Sería novedoso constatar que el "crecimiento salvaje" de algunos ejemplos seleccionados del subdesarrollo latinoamericano, nos mostraran un crecimiento del valor agre-

gado industrial per cápita en las economías urbanas fuertemente crecientes: la expansión podrá ser desordenada y rápida, pero el producto industrial urbano crece despacio e insuficientemente. Aun en los países latinoamericanos, en donde el capitalismo dependiente habría logrado "dinamismo" según algunos teóricos. Si se constatará alguna notable excepción a esta situación generalizada (Brasil), quedaría por analizar la recreación de la estrategia orientada a "partir en dos" no solamente un país, sino toda la economía latinoamericana.

En este apartado hemos visto que la economía de la aglomeración urbana no se articula a un procesamiento expansivo de la acumulación de capital social. Por lo contrario, ella es una causal de la desacumulación productiva.

Veamos ahora qué pasa en el sector agropecuario, tradicional complemento integrativo de las modernizaciones sociales basadas en el industrialismo.

3. EL CAMPO Y LA SATISFACCION DE LAS NECESIDADES BASICAS

En párrafos anteriores hemos comentado una serie de aspectos relativos a los centros urbanos de grandes dimensiones. Tomando ese hecho como una síntesis de la problemática regional, afirmamos que la urbanización es un producto de dos órdenes de factores: en primer lugar, los motivos que expulsan población campesina hacia las ciudades; en segundo lugar, los motivos que atraen esas mismas poblaciones hacia las ciudades.

En este capítulo tercero del escrito, nos ocupamos de las principales razones que impiden un afincamiento significativo de los habitantes del agro en su medio de origen.

Como estamos concentrando nuestra atención en la variable "acumulación de capital social" en las cuestiones regionales, las razones comentadas en los párrafos siguientes se refieren a la producción campesina que debería asegurar progresivamente la satisfacción de las necesidades básicas de la población, relativizando de la misma forma la capacidad adquisitiva del dinero.

En el capítulo cuarto anotamos ciertos comentarios sobre la naturaleza de la industrialización latinoamericana llevada a cabo por empresas que prefieren mayoritariamente instalarse en las metrópolis, donde se conjugan varios elementos que incentivan el arribo de los migrantes campesinos.

Así, movimientos poblacionales y fenómenos relativos a la producción, distribución y consumo de bienes, confluyen sobre una utilización de los espacios geográficos que cuestionan no solamente a las racionalizaciones teóricas, sino que también a cualquier asimilación evolucionista de nuestro caso latinoamericano con los capitalismo desarrollados.

Veamos a continuación algunos aspectos del sector agropecuario.

Se ha dicho que la principal causa de la industrialización latinoamericana es la falta de

una revolución agraria. Con ello se quiere decir que las grandes dificultades que se evidencian hasta hoy en día para modernizar el campo tanto en aspectos institucionales como las formas de propiedad de la tierra o los mecanismos de intermediación o los procesos educativos, como en otros aspectos de la producción, tales como la rotación e integración de las culturas o el dimensionamiento de las explotaciones o la tecnología utilizada, no hacen posible los procesos de modernización acelerados que caracterizaron a las revoluciones agrarias de otras latitudes. Si no se logra una modernización del campo anterior o contemporánea a la expansión industrial de despeque, no es viable ninguna modernización diversificada e integrada del conjunto de las actividades económicas nacionales o regionales. La idea (algo coloquial), citada al principio de este párrafo, sugiere que los intentos industrializadores de Latinoamérica se debieron más a una imposibilidad de modernizar el campo que a una voluntad de industrializar la producción en general.

¿Por cuáles razones es imposible modernizar el campo latinoamericano? La respuesta ensayada por diversos autores de distinta filiación ideológica empieza casi siempre por hablar de las formas de propiedad de la tierra agrícola. Compartimos esa orientación de la respuesta habitual, pero creemos que es necesario tomar en cuenta otras consideraciones para alcanzar una contestación con suficiente grado de generalidad.

En este sentido, podemos destacar —por ejemplo— que la producción de víveres en nuestros países es altamente deficiente. En

seguida aclararemos por qué sucede así, pero advertimos desde aquí que, aparte de las consideraciones humanitarias que corresponden al asunto, resulta indispensable que cualquier industrialización del conjunto de las economías regionales cuente con una producción nativa de víveres cada vez más autónoma. Así lo hicieron todos los países industrializados del mundo, sean ellos capitalistas o colectivistas. Y en el caso que ese proceso de autonomización en la producción de víveres para las poblaciones no se hubiera completado, es muy razonable afirmar que se completará a corto plazo. La autonomización nacional en la producción de los víveres destinados al consumo de la fuerza de trabajo, parece ser una prioridad estratégica de todos los industrialismos contemporáneos que redundará claramente sobre el impulso de la acumulación global.

Actualmente en América Latina, el nivel mínimo de satisfacción de esas necesidades básicas comporta en algunos países de la región el riesgo de hambrunas,³⁵ con lo cual se hace imposible soslayar la gravedad de la situación. En otros casos nacionales o regionales menos graves, el mapa de la desnutrición y de las carencias alimentarias crónicas obscurece nítidamente la imagen de progreso que los divulgadores de la utopía de los "milagros económicos" difunden reiterativamente. Más aún, es muy probable que en varios países y regiones tanto en los medios rurales como en los urbanos, los niveles y la composición cualitativa de ellos tiendan a degradarse tanto por los defectos en la producción como por el deterioro relativo de la demanda efectiva.

Del lado de la oferta, la producción debería basarse cada vez más en el incremento de los rendimientos en la producción y en una modificación del perfil de los bienes finales e insumos industriales producidos. Del lado de la demanda, el ritmo de crecimiento de la población y sus hábitos de consumo precisan un nivel alto en cuanto a los satisfactores ofrecidos por una composición de la oferta demasiado rígida para responder a la evolución de la demanda mencionada. En este sentido, se comprueba una vez más que el sistema de precios corrientes es irrelevante para interpretar la relación entre oferta y demanda de productos susceptibles de ser consumidos (es decir, aunque no estén disponibles en los mercados), porque el régimen de precios no constituye más que una sanción mercantil a los procesos de formación de los componentes de la oferta y la demanda gestados y desarrollados a través de numerosos desequilibrios, los cuales configuran causal y acumulativamente tanto las variables de oferta como las de demanda.

Comparando la situación agropecuaria de los países latinoamericanos con la alcanzada en ese mismo sector de la economía por otros regímenes económicos, tampoco en este aspecto parcial del desarrollo económico nuestros estilos de crecimiento tradicionales parecen haber tenido mucha eficiencia. Veamos cuál es el sentido de la afirmación anterior en los párrafos siguientes.

Tarde o temprano todo régimen industrialista de crecimiento se enfrenta a la necesidad de incrementar la productividad de las activi-

dades agrarias para acompañar el crecimiento industrial, brindando tanto los insumos industriales como los alimentos que hagan posible la capitalización física acelerada de la economía, al mismo tiempo que el mantenimiento y la reproducción adecuada de la fuerza de trabajo. Es decir, que a mediano o a largo plazo debe darse un contenido progresivo y acelerado al proceso nacional de valorización,³⁶ que consideramos ahora desde la perspectiva agrícola. La experiencia histórica nos muestra que fueron los países capitalistas centrales quienes lograron mayores éxitos en desarrollar la agricultura contemporánea a la capitalización física industrial y en satisfacer la demanda fuertemente expansiva de sus poblaciones trabajadoras usufructuarias de altos niveles de vida dentro del contexto internacional.

Ese "éxito" del industrialismo en la agricultura céntrica puede calificarse como tal porque el sector agropecuario se caracterizó por producir los niveles y la composición de la oferta de bienes alimenticios e insumos industriales, que acompañaron a las sucesivas revoluciones industriales del capitalismo respectivo. Desde el punto de vista de esa articulación agro-industrial, el mejoramiento de la productividad agropecuaria en forma permanente (y sobre todo en la posguerra 1939-1945, cuando esas sociedades centrales devienen francamente consumistas) hizo que los demandantes finales o industriales encontraran disponibles en los mercados los bienes agrícolas requeridos por regímenes económicos utilizadores de intensas renovaciones tecnológicas. En esos procesos de formación de las relaciones mercantiles en las cuales los precios corrientes no

constituyen más que indicadores, los Estados-gobierno céntricos nunca titubearon en proteger las actividades agrícolas a través de varios instrumentos de política pública. La diferencia en este último sentido con la situación latinoamericana no estuvo jamás constituida por la protección o no protección de la agricultura, sino porque esa protección del capitalismo central se brindaba a un conjunto macroeconómico, donde el progreso de la productividad promedio no permite a la unidad económica campesina cristalizarse en formas de trabajo regresivas con respecto a la eficiencia global de la producción nacional. Es decir, que la oferta agrícola logra la diversificación y la elasticidad necesarias para satisfacer los deseos casi insaciables de esas sociedades consumistas y los requerimientos de una industrialización acicateada por el productivismo de los regímenes industrialistas que alternan los períodos de conflictos bélicos generalizados con los de preparación para los mismos.

Dentro del bloque de los países colectivistas existen diferentes modelos de desarrollo agrícola, que han representado modificaciones sustanciales al inicial esquema ruso. Pero independientemente de esas diferencias nacionales, todos otorgaron prioridad definida a la industrialización y al desarrollo nativo del sector productor de medios de producción, relegando —al mismo tiempo— la satisfacción de las necesidades de consumo de sus poblaciones más allá de las decisiones arbitrarias de las oficinas centrales de planificación. No fomentaron entonces los hábitos consumistas de la gente, pero orientaron de una manera

autoritaria el desenvolvimiento de las expectativas universales de los consumidores de las sociedades industriales, dejando sin resolver el ajuste de la producción de bienes de consumo a la demanda libremente expresada a través de los precios u otros indicadores. Si los dirigentes del colectivismo no pudieran utilizar el gran pretexto de la industrialización acelerada y la defensa militar de la nación, no podemos menos que imaginarnos que se verían francamente acosados por las reivindicaciones de los consumidores. Pero ya se ha dicho que la ideología nacionalista (con sus correlatos de industrialización acelerada y economía de guerra permanente) es uno de los grandes substitutos de la pérdida de audiencia con respecto a las religiones tradicionales. Por otra parte, si los países colectivistas se asimilan progresivamente tanto a los perfiles tecnológicos del capitalismo central como a las formas de consumo del mismo capitalismo desarrollado, los modos de crecimiento industrial y agrícola extensivos que prevalecieron hasta hace pocos años en varias naciones de programación centralizada, deberán transformarse rápidamente para hacerse intensivos en la utilización de los factores productivos, como ya lo está reclamando la competencia internacional. Cualquiera que sea el contenido particular que cada nación dé a esta alternativa, la tendencia evolutiva general será hacia el incremento rápido de la producción y la productividad agropecuaria.

Si bien el estilo de desarrollo agrícola es cuestionable por varios motivos (sobre todo en el caso ruso), comparando estos regímenes colectivistas con el capitalismo subdesarrolla-

do, por lo menos en los primeros se ha logrado avanzar decididamente en la industrialización.

Menos clara resulta la comparación de la satisfacción de las necesidades básicas entre el este y el oeste en sus aspectos cuantitativos y cualitativos, porque los regímenes autoritarios del este subordinan la producción de satisfactores del consumo a la obtención prioritaria de los excedentes que posibilitan la acumulación rápida del capital físico industrial. Ello representa que en aquellas latitudes del colectivismo, la regimentación de la demanda en la satisfacción de las necesidades básicas motiva la penuria permanente que imponen esos regímenes políticos, aunque estamos haciendo referencia a un tipo de carencia bien diferente de las que conocemos en nuestro medio, a causa de las diversidades en la administración global de la fuerza de trabajo.

Dentro de los problemas agrarios de América Latina, la situación actual desemboca en una falta de modernidad evidente. En primer lugar, porque no tenemos un proceso de industrialización de la agricultura definido que por lo menos asegure la modernización progresiva a imitación de los centros; más bien siempre parecemos estar rondando la alternativa de heteronomía e involución. En segundo lugar, porque tampoco logramos ser autosuficientes en alimentos, sino que recreamos en este aspecto la vía general a la marginación y a la dependencia.³⁷ En tercer lugar, porque las únicas revoluciones que hacen nuestros sectores propietarios son las imitativas de las formas de consumo céntricas, pero nunca las transformaciones agrarias que representen una

modernización productiva acorde con una aproximación a los niveles de vida del capitalismo desarrollado.

Este vasto rezago de nuestros sectores campesinos lleva inexorablemente a una penuria secular en la satisfacción de las necesidades básicas, tanto para las unidades de gasto que tienen acceso a un ingreso reducido como para las que no tienen un ingreso regular.

La rigidez en la evolución de las estructuras de oferta agrícola en América Latina, se flexibiliza preferentemente en cuanto las empresas del campo se dedican a los cultivos de exportación o cuando dirigen sus productos a los tramos de ingresos privilegiados que concurren a los mercados internos. Estas "leyes del mercado" no constituyen solamente un sesgo discriminatorio en los procesos de crecimiento y desarrollo, sino que resultan en un bloqueo estructural del desenvolvimiento capitalista de nuestras economías nacionales, en tanto que perpetúan el parcelamiento de los mercados y de esa manera impiden la integración y diversificación creciente de los mismos. Con ello queremos indicar que la gestión capitalista subdesarrollada de nuestros procesos de crecimiento agrícola no propende la valorización progresiva de la dotación de recursos productivos dentro del régimen social vigente; resulta normal entonces que los procesos efectivos de producción se basen en los derroches y desperdicios de nuestras riquezas agropecuarias, más aparentes que reales, por el defecto de la puesta en valor de la dotación natural de factores. La "riqueza" de "nuestras tierras" ha sido siempre otro juego de abalorios para

muchos latinoamericanos.

Prueba de la ineficiencia congénita de las administraciones de nuestros regímenes económicos de producción es la ínfima proporción (de un solo dígito porcentual) del total de la superficie latinoamericana que se encuentra efectivamente sometida a procesos de explotación agropecuaria. También lo son otras desintegraciones que deberían no ser tales, si la modernización capitalista de este sistema económico hubiera actuado positivamente. Desintegración entre la agricultura de subsistencia y la de comercialización, entre la cultura de víveres para el mercado interno y la de exportación, etcétera. Todos ellos no son más que aspectos constituyentes de un fenómeno global que aquí queremos poner de relieve o sea la incapacidad de nuestros estilos de crecimiento para desarrollar y modernizar, dentro del sistema social establecido, este sector de la economía constituido por las actividades agropecuarias.

Sin el desarrollo y la modernización de la agricultura capitalista son improcedentes diversas estrategias de crecimiento compatibles con dicho marco organizativo de la sociedad. Ni las estrategias desarrollistas de los 60's ni las estrategias neoliberales de los 70's. Entonces, si los desarrollistas se equivocaron en sobrevalorar las potencialidades de nuestros patrones industriales, los neoliberales también dedujeron apresuradamente que los grandes propietarios del campo latinoamericano podrían asociarse eficientemente a los centros hegemónicos de la división internacional del trabajo.

Finalmente, otra de las revoluciones ausentes en América Latina fue la "verde", que nada tiene que ver con los ecologistas europeos, sino con las transformaciones de la agricultura capitalista céntrica en su reorganización productiva de mediados del presente siglo. La utilización de productos químicos con diversas finalidades, la rotación óptima en los cultivos, las diversas formas de aprovechamiento del ganado, etc., fueron profundamente modificadas en el centro del capitalismo por los avances tecnológicos generales (que incluyen los organizativos), en este caso relativos a las actividades agropecuarias. Que algunos empresarios agrícolas latinoamericanos hayan adoptado con mayor o menor pericia este gran caudal de innovaciones productivas es cierto. Pero que el conjunto del empresario agrícola latinoamericano haya incorporado innovaciones tecnológicas provenientes de los centros en cantidad y calidad suficientes como para transformar rápida y profundamente los procesos de trabajo, comercialización y distribución de los productos agropecuarios, eso, no es cierto. Por ello, la "revolución verde", versión latinoamericana, no hizo más que fomentar algunos islotes de modernidad en los medios agropecuarios generalmente arcaicos o precapitalistas. Estos enclaves productivos mostraron entonces que las transformaciones tecnológicas no tienen por sí mismas un efecto de arrastre suficientemente poderoso como para cambiar el conjunto de las estructuras sociales. En todo caso, habría que recordar que la desnutrición y el hambre de varios millones de latinoamericanos siguen esperando que la "revolución verde" incremente los rendimientos en la pro-

ducción de víveres y abarate los precios de venta de esos mismos productos.

Hemos sintetizado hasta aquí algunos de los problemas más importantes de la producción agropecuaria. Tomando como asunto central la producción de víveres para la población, fuimos describiendo algunos aspectos estratégicos de la producción agropecuaria en el mundo industrialista del presente. Vimos entonces, que bosquejando una comparación entre los regímenes agrarios de los centros capitalistas y colectivistas, la posición relativa de América Latina no resulta demasiado satisfactoria. Estas deficiencias que registran nuestras economías en la producción agropecuaria van a justificar la dinámica concentradora y excluyente de nuestros estilos de crecimiento, diagramando una utilización del espacio geográfico del mismo tipo y la recreación del régimen de enclaves productivos. La heterogeneidad de las estructuras agrícolas también se manifestará fuertemente entre las diferentes regiones de una nación y al interior de las regiones mismas.

Pasemos ahora a la industria.

4. INDUSTRIALIZACION E INDUSTRIALISTAS

La urbanización se distribuye en el espacio de una manera que no guarda relación con un desgranamiento paulatino de los almacenes urbanos ni con una distribución difundida e integrada de las funciones económicas de las ciudades con respecto a su entorno.

La producción campesina registra también fuertes discontinuidades estructurales, que se traducen en el espacio por una serie de desintegraciones productivas como las dimensiones inapropiadas de las explotaciones latifundistas acompañadas de las minifundistas.

Las actividades industriales (mayoritariamente localizadas en las ciudades) pueden apreciarse en el mismo sentido en cuanto a la conformación estructural y su proyección sobre el espacio. La productividad que alcanzan sus ramas es notablemente superior a la de la producción campesina; pero al interior de zonas geográficas, tomadas una por una o al interior de cada rama de actividad, se vuelven a registrar diferencias extremas entre los grados de dispersión con respecto a la media del conjunto regional o de la clase industrial.

Revisando brevemente esas actividades industriales podremos considerar el último capítulo de este escrito, destinado a explicar la relación de causalidad entre la concentración y la exclusión regionales y la generalización de los enclaves productivos en el horizonte 2001.

Todo parece indicar que América Latina no logra imprimirle la modernidad necesaria a su industrialización. Algunas razones que contribuirían a explicar esa falta de progreso ya fueron anotadas anteriormente.³⁸ Otras serán comentadas en los párrafos siguientes. En particular, lo que se relaciona con los posibles gestores de la industrialización en estilos de crecimiento definidos a lo largo de este siglo.

Con lo manifestado en el párrafo anterior queremos decir que existen elementos de tipo histórico que justifican ciertas proyecciones no demasiado halagüeñas para el futuro de no mediar importantes transformaciones de nuestros estilos de crecimiento y desarrollo. Pero esas transformaciones, si fueran llevadas a cabo, implicarían contar con actores sociales susceptibles de conducir el proceso transformador hacia la industrialización modernizante. He allí un desafío que se nos presenta como colectividades nacionales en transición y que enlaza íntimamente cualquier problema meramente técnico con los componentes políticos y culturales del caso, de manera que la articulación entre los análisis coyunturales con los de largo plazo debería ser cuidadosa.

Programar la substitución de importaciones industriales no parece representar una elaboración demasiado compleja. Contando con las familias de matrices que corresponden al conjunto de las actividades, se puede llegar a determinar con bastante claridad y precisión la secuencia de substitución que se desea implementar. Pero para llevar a la práctica la mencionada implementación, hay que contar con una respuesta empresarial público-privada que sea proclive a la creatividad y a la asunción de riesgos inéditos. De no obtenerse ese tipo de respuestas, inútil resulta especular sobre las posibilidades substitutivas, sean ellas horizontales o verticales. Inútil también será esperar una difusión del parque industrial que contribuya a eliminar los desequilibrios regionales, siendo que ese proceso substitutivo puede analizarse tanto a nivel nacional como a nivel regional o local. En este último senti-

do, escapa a nuestras posibilidades entender por qué se da por probado el agotamiento de la sustitución de las importaciones en 1986. Tal vez ese agotamiento empieza mucho tiempo atrás y no precisamente porque no sea necesario reemplazar producción importada por doméstica.

Por el momento, nuestros estilos de crecimiento tienden a reproducir la formación de enclaves productivos, ya sea en el ámbito regional como en el nacional. Ello trae consigo numerosas consecuencias para el desarrollo regional. Podríamos pensar que existe una verdadera estrategia destinada a "partir en dos" los países, cuando los procesos inherentes a esta dinámica concentradora y excluyente se profundizan. Es decir, cuando la conducción de la política económica busca decididamente limitar el crecimiento económico al llamado sector "moderno" de la economía nacional, definiendo reiteradamente una partición entre sectores, regiones y luego al interior de ambos. Cabe destacar que este tipo de razonamientos replantean decisivamente los debates sobre el dualismo estructural, en un presente donde el llamado "desarrollismo" encuentra justificativos domésticos e internacionales para "resurgir de sus cenizas".

Independientemente de cuán grande sea la brecha que separa a los países pobres de los países ricos, no cabe duda que con este tipo de dinámica del crecimiento se registrarán siempre importantes diferencias estructurales en procesos que universalmente son desiguales y combinados. Es decir, que se constituyen contemporáneamente ciertos sectores y acti-

vidades en expansión, con ciertos sectores y actividades en reversión; y que el desequilibrio que acompaña la expansión de unos justifica al mismo tiempo la reversión de otros. Esta desigualdad y combinación se presenta en todos los procesos de industrialización intensiva, sean ellos capitalistas o colectivistas, pero lo específico del subdesarrollo es la secularización de esas desigualdades y combinaciones, sin que ésta última represente una dinamización del crecimiento tal que logre integrar y diversificar la matriz de relaciones interindustriales. Entonces, la brecha que nos separa de las condiciones de vida del conjunto de la población de los centros y de las condiciones de la producción que allí se realizan, podrá ser grande o pequeña, pero detrás de ella están causales relativas a la conformación estructural específica del subdesarrollo.

En los centros del capitalismo, con la organización institucional que nos es genérica, se ha logrado imprimir expansividad a los procesos de crecimiento y desarrollo, de manera que las discontinuidades estructurales manifestadas en el espacio se presentan mucho menos pronunciadas. En los centros del colectivismo, un amplio régimen de controles morigera también esas discontinuidades: la política de población, la de vivienda, la de acceso a los consumos colectivos, a los consumos suntuarios, etc. En el mundo subdesarrollado, el desarrollo regional se presenta como sumamente desigual y muy poco combinado,³⁹ siendo que las proyecciones de los procesos de valorización hacia el año 2001 no tienden a relativizar estas características, sino a recrearlas.

En el medio latinoamericano, el crecimiento industrial puede reproducir la apariencia de los procesos industrializadores de los centros, pero la verdadera implantación de los complejos industriales de avanzada tecnológica y organizativa se relaciona de muy distinta manera con las estructuras espaciales que los contextualizan. Como decíamos anteriormente, la diferencia no se registra fundamentalmente en lo que constituye el universo al interior del complejo industrial, sino en lo que constituye el medio de implantación como el espacio, por ejemplo. Difícil resulta aceptar entonces, como lo hace el autor de la referencia siguiente, que esta concentración pueda constituir por sí misma una condición favorable para la generalización de la industrialización al conjunto espacial nacional y regional.⁴⁰

Dada la dinámica estructural de nuestros estilos de crecimiento, no parece claro que la concentración represente un requisito necesario para la difusión de la industrialización. Ello solamente sería así, si el conjunto de las estructuras hubiera registrado efectivamente un poder de adaptación a las transiciones industriales, que articulara la concentración nombrada con un entorno productivo de elasticidad probada. Por ello, hemos enfatizado en apartados anteriores que más que hablar de una economía metropolitana y regional guiada por criterios maximizadores, deberíamos pensar en una economía de la aglomeración de muy diferente naturaleza.

Si Norteamérica y Europa occidental se reindustrializan, América Latina se encuentra actualmente ante un verdadero "impasse" de

su industrialización. Una proyección no demasiado aventurada de lo acontecido desde principios de siglo en América Latina, no parece afirmar las tendencias que nos permitirían ir asimilándonos, progresiva pero firmemente, a los perfiles industriales del capitalismo céntrico, cada vez más transformados por la innovación y la difusión tecnológicas. Desde un enfoque algo especulativo, muy bien podría sostenerse que nuestros administradores del sistema de poder y producción podrían "quemar etapas" y aprovechar los avances técnicos logrados recientemente en los procedimientos industriales operantes en los conjuntos macroeconómicos más desarrollados de la actualidad. Pero hace ya algún tiempo que la literatura económica sobre el desarrollo ha señalado que "los cuellos de botella" en ese sentido no son técnicos o instrumentales o funcionales, sino relativos a la dinámica empresarial misma de los administradores latinoamericanos,⁴¹ que cargan sobre sus espaldas falacias importantes en cuanto a su creatividad en las distintas actividades económicas que conduzcan,⁴² y, sobre todo, en las actividades propiamente industriales que participan en los procesos de crecimiento.⁴³

Invitamos a reflexionar sobre algunas dudas de sentido común como las siguientes: ¿Es posible pensar que nuestros estilos de crecimiento latinoamericanos serán capaces de adaptarse con un grado de eficiencia aceptable a la actual reindustrialización de los centros hegemónicos internacionales?; ¿Es posible pensar en ello cuando los sectores industrialistas de América Latina nunca primaron en la

estructura de poder al punto tal que nosotros nos permitimos dudar de que hayan existido alguna vez y en algún lado, como para configurar un sector de intereses dispuestos a competir por el control de la pirámide política nacional?; ¿Resulta aceptable (de acuerdo a la experiencia histórica latinoamericana) proyectar la reindustrialización periférica en función de los avances tecnológicos actuales de los centros o ello constituye más que nada un empecinamiento doctrinal, heredero legítimo del ambiente intelectual del siglo pasado?

Más que dar respuestas terminantes, queremos ampliar algo sobre esa situación para sugerir el sentido general de algunas hipótesis que sostenemos. Por lo menos en Argentina, los industrialistas (dando por aceptada su existencia) perdieron dos o tres oportunidades de dar un salto cualitativo en los elencos directivos reales del proceso de crecimiento económico. La primera durante los años 30's, cuando la conmoción internacional y sus proyecciones, en el plano doméstico, permitían innovar en muchos sentidos, de manera diferente a cuando el régimen político pasa por momentos de mayor solidez.⁴⁴ La segunda, veinte años más tarde, cuando se concretiza el fin de la hegemonía capitalista inglesa y el nuevo "leader" internacional estaba ávido de socios inquietos y pujantes en las Américas más allá de Canadá. Y la tercera, otros veinte años más tarde que en la segunda oportunidad, cuando habría que haber sentado las bases reales de los posibles países industrializados del año 2001 en América Latina.

Podría decirsenos que 85 años son pocos para juzgar el crecimiento industrial de Ar-

gentina, Brasil y México. Ciertamente. Pero es que, si bien Inglaterra pasó del precapitalismo al capitalismo en dos siglos, Rusia pasó del precapitalismo al industrialismo en cincuenta años y Suecia del precapitalismo a otro industrialismo también en cincuenta años. Con esos datos y con los correspondientes a las reindustrializaciones de Alemania Federal o Japón en la postguerra 39-45, nosotros estamos propensos a pensar que los tiempos tienden a acortarse y que cada vez más nos estamos rezagando del pelotón de cabecera en esta carrera por la industrialización. Claro que acabamos de hacer una aritmética demasiado lineal y algo capciosa, pero intentamos mejorarla a continuación.

Lo que resulta una constatación en la actualidad, es que ninguno de los países latinoamericanos ha logrado diversificar e integrar su parque industrial, de manera que podamos pensar seriamente en una asimilación adecuada en un futuro cercano a los centros del industrialismo.

Nuestras etapas de desarrollo económico adquieren, por causas domésticas e internacionales, algunas características que condicionan fuertemente las posibilidades de la reindustrialización necesaria por el advenimiento de la robotización y otras técnicas de avanzada en los centros. Pareciera como si nuestro desarrollo económico pasara del precapitalismo a la hegemonía del capital financiero,⁴⁵ sin haber pasado por un desarrollo industrial parangonable al de los capitalismo centrales. Que en ello haya mediado la encomiable labor de nuestros Estados-gobierno (sin lugar a dudas más positiva y desarrollista que la

de la iniciativa privada) resulta hoy en día poco menos que evidente. Pero que esas tareas organizativas y políticas de los gobiernos nacionales latinoamericanos pueda asimilarse al rol gerencial que cumplieron los administradores del capital financiero en los centros del capitalismo,⁴⁶ resulta una deducción algo precipitada, que tiende a asimilar sin matices la dinámica industrial del despegue europeo occidental de fines del siglo pasado a la realidad actual del subdesarrollo latinoamericano, donde el atraso relativo deriva fundamentalmente del estilo nacional de crecimiento. En Europa occidental, y en los momentos históricos indicados, fue justamente el estilo nacional de desarrollo el que permitió a algunos países superar el atraso, compatibilizando las distintas fracciones del capital en una operatoria de conjunto. Esa compatibilización se hacía posible sobre todo porque se lograba dinamizar la acumulación doméstica; en segunda instancia, determinadas actividades económicas y los empresarios correspondientes (financieras privadas, industriales, estatales, etc.) apoyaban el régimen de poder que dirigía a las diferentes fracciones capitalistas en función más de un proyecto nacional de largo plazo que de la coyuntura del momento.

Si la actividad empresarial de nuestros grupos dirigentes implicara la implementación efectiva de un proyecto industrializador, tendríamos que constatar algo más que un simple predominio de las industrias dinámicas sobre las tradicionales.⁴⁷ Ese "algo más" sería admitir como posible el progreso de la sustitución de importaciones, no digamos hacia el sector I productor de medios de producción,

sino hacia el amplio abanico de bienes intermedios que aún nuestros países siguen importando. Por más que se haya querido encontrar en esa sustitución de importaciones (cualquiera que sea su derrotero) la especificidad de la planificación latinoamericana,⁴⁸ ello representa una interpretación "industrialista" de los conflictos de intereses que anima la realidad regional, porque la ubicación estratégica de los propietarios industriales es menos importante de lo que induce a suponer la aceptación de la idea de sustitución de importaciones en sentido amplio,⁴⁹ como un proceso definido e irreversible. Tal vez lo específico de nuestra industrialización substitutiva sea su bloqueo, es decir, su falta de evolución hacia los orígenes de la cadena productiva industrial o hacia el amplio abanico de bienes intermedios. Grave error sería creer que lo específico de América Latina es la existencia de un proceso substitutivo de importaciones (aun en estado de "agotamiento"), cuando en realidad lo distintivo de la sustitución de nuestra región no es su existencia, sino su falta de dinamismo. En este último sentido, resulta crucial la actuación de los elencos empresariales responsables de la conducción económica de las naciones.

Si la base industrial no logra un grado suficiente de crecimiento autosostenido y autónomo, ¿podrán ser México y Argentina (por ejemplo) países de nueva industrialización (N.I.C. en inglés) o serán más bien países que reproducen las llamadas economías de enclave, ahora en un estadio de desarrollo cronológicamente diferente del correspondiente a 1900? Hoy en día resulta difícil dar una res-

puesta contundente en ese sentido, aunque el título de estas notas no deja dudas sobre la relación de causalidad que se juzga como tendiente a generalizarse, pero no habrá que esperar demasiado tiempo para poder responder a ese cuestionamiento con mayor documentación real. Dado el progreso de las innovaciones tecnológicas de los centros, la periferia podrá estar en condiciones de contar cabalmente esta generalización tendencial en 1900. En el año 2001, ésta será una cuestión francamente banal. La literatura económica sobre el desarrollo regional no parece haber prestado la debida atención a esta temática que, más que hacer referencia a aspectos circunstanciales, se refiere a la dinámica del conjunto estructural. Una aportación sustancial en esa acumulación de conocimiento nos la brindará el caso brasileño, el cual parece transitar una coyuntura dinámica con efectos sobre las instancias estructurales, de difícil evaluación en estos momentos.

CONCLUSIONES

La evolución regional resulta condicionada por varios tipos de influencias externas a la región. Ello se debe al carácter de conjuntos abiertos que las caracteriza y que hace difícil concebirlas como un grupo de elementos homogéneos susceptibles de autonomizarse del entorno nacional o internacional. Más que una unidad de análisis autocomprensiva, la región resulta ser el área espacial donde se localizan diversas manifestaciones de procesos pluriregionales. Tal es el caso de la acumulación de capital social, quien resulta de las relaciones de producción establecidas y quien decide las alternativas de evolución reales.

Las metrópolis de América Latina contribuyen mal al desarrollo del capital social. La lenta expansión del producto industrial, las deseconomías de escala, la depredación del medio ambiente, son algunos ejemplos de los obstáculos que representan estas economías de la aglomeración para el desarrollo productivo de los conjuntos económicos. Desafortunadamente, las ciudades de menores dimensiones no resultan hasta el presente en estructuras urbanas de corrección de esas tendencias generales.

La gran encrucijada de modernización para el campo latinoamericano está constituida por la expansión generalizada de los rendimientos en la producción. Ello acarrearía lo que podría llamarse la industrialización de las actividades agropecuarias. Frente a ese desafío, la realidad de nuestras regiones nos muestra un sector agrario cada vez menos eficiente en el desarrollo de los rendimientos y —sobre todo— en la producción de víveres para las poblaciones respectivas.

Para los países latinoamericanos de mayor desarrollo industrial relativo, hasta hace muy poco tiempo parecía ser que la industrialización alcanzada era incompleta pero irreversible. Hoy podemos dudar seriamente de esto último por varias razones, pero principalmente porque para industrializar a partir de cualquiera de los frentes posibles (exportaciones, importaciones) hacen falta grupos sociales con una conformación empresarial y gubernativa apta para liderar procesos sociales transformadores, que impriman decidida autonomía al proceso de trabajo nacional. En

los países de menor desarrollo relativo industrial, esta idea general también tiene validez.

La reproducción de los enclaves productivos en las diferentes regiones de nuestros países parece ser hasta el momento una tendencia inherente a nuestros estilos de crecimiento. El tránsito hacia las sociedades de masas (cualquiera que sea su estadio) no ha podido neutralizar este desarrollo tendencial.

Teniendo en cuenta los nuevos perfiles tecnológicos y organizativos que proyectan los industrialismos centrales sobre nuestras economías, el horizonte 2001 sugiere una generalización de esas implantaciones de avanzada en nuestras regiones económicas con efectos contundentes sobre la heterogeneidad estructural. Esa realidad cercana será el nuevo marco de referencia para los discursos neo-desarrollistas, neo-liberales o neo-marxistas (citados por orden alfabético).

REFERENCIAS Y ACLARACIONES

- ¹ Cardoso, F. H. "El desarrollo en capilla", en Moleró, J. (seleccionador). "El análisis estructural en economía...". Serie Lecturas No. 40. El Trimestre Económico. México, D.F. 1982.
- ² Capital social: conjunto de factores productivos pertenecientes a una nación, que dentro de determinados regímenes de producción posibilitan la obtención de excedentes económicos.
- ³ Capital físico: dotación material de medios de producción.
- ⁴ Perroux, F. "L'économie du XXeme siècle". PUF. París, varias ediciones.
- ⁵ Rofman, A. "Dependencia, estructura de poder y formación regional en América Latina". Siglo XXI. México, D.F. 1974.
- ⁶ Perroux, F. "Economía y sociedad. Coacción, cambio, don". Ariel, Madrid, 1962.
- ⁷ Ibidem. "Pouvoir et économie". Bordas. París, 1973.
- ⁸ O'Connor, J. "Estado y capitalismo en la sociedad norteamericana". Periferia. Buenos Aires, 1973.
- ⁹ La posición geopolítica de México tiene particulares efectos sobre el tipo de desarrollo alcanzado por ciertas regiones fronterizas.
- ¹⁰ Coraggio, J.L. "Hacia una revisión de la teoría de los polos de desarrollo", en Unikel y Necochea (seleccionadores) "Desarrollo urbano y regional en América Latina". Serie Lecturas No. 15. El Trimestre Económico. México, D.F. 1975.
- ¹¹ Paz, P. "El enfoque de la dependencia en el desarrollo del pensamiento económico latinoamericano", en **Revista Economía de América Latina** No. 6, 1er. semestre. 1981. CIDE. Km. 16 Carretera México-Toluca.
- ¹² Bambirra y Dos Santos. "La estrategia y la táctica socialista de Marx y Engels a Lenin". Era. México, D. F. 1980.
- ¹³ Rofman, A. "Dependencia, estructura de poder

- y formación regional en América Latina". Op. Cit.
- ¹⁴ Jeannot, F. "Notas sobre evaluación estratégica y niveles educativos: un enfoque económico", en IPN-Secretaría Académica. **Foro de Evaluación Académica**, UPIICSA. Noviembre, 1984.
- ¹⁵ "a. Persistencia y aun agudización de nuestro carácter monoexportador; b. impulso dinámico de la economía proveniente del exterior; c. centros de decisión fundamentalmente externos en cuanto a financiamiento, políticas económicas, conocimientos científicos y tecnológicos, etc.; d. tendencia persistente y cada vez más aguda al endeudamiento externo y a la desnacionalización de la industria nacional..." Sunkel, O. "Desarrollo, subdesarrollo, dependencia, marginación y desigualdades espaciales: hacia un enfoque totalizante", en Unikel y Necochea. Op. Cit. P. 190.
- ¹⁶ "Amenagement du territoire", habitualmente.
- ¹⁷ Jeannot, F. "Argentina 1976-1983: el intento involutivo", en **Revista Análisis Económico**. UAM-A. México, D. F. 1er. semestre de 1984.
- ¹⁸ Rodríguez, O. "La teoría del subdesarrollo de la **Cepal**". Siglo XXI. México, D. F. Varias ediciones.
- ¹⁹ Volveremos sobre este asunto en otro escrito.
- ²⁰ Jeannot, F. "Empresas paraestatales y sistemas económicos...", en **Revista Análisis Económico**. UAM-A. México, D. F. 1er. semestre de 1983.
- ²¹ Neira, E. "Las políticas de desarrollo regional en América Latina", en ILPES "Ensayos sobre planificación regional del desarrollo", p. 426. Siglo XXI. México, D. F. 1976.
- ²² En esta oportunidad nos nos referimos al caso de los países colectivistas.
- ²³ Cibotti, Núñez y Sainz. "Evolución y perspectivas de los procesos de planificación en América Latina", en D'Acuña, E. (seleccionador) "La planificación del desarrollo en América Latina". Serie Lecturas No. 11. El Trimestre Económico. México, D. F. 1975.
- ²⁴ Barkin, D. "¿Quiénes son los beneficiarios del desarrollo regional?", en ILPES. Op. Cit.
- ²⁵ "...Desde un punto de vista lógico, las fuentes de ingresos elevados en economías subdesarrolladas sólo pueden encontrarse en uno de los cuatro elementos siguientes: a) actividades de elevada productividad; b) transferencias de ingresos de las actividades de elevada productividad a sectores sociales no vinculados a ellas; c) explotación monopólica de mercados de productos o factores en sectores de baja productividad; y d) transferencias externas de ingresos". Sunkel, O. Op. Cit. P. 204. Una interpretación teóricamente significativa debe comprender a todas las formas reales de obtención de ingresos. En otro trabajo argumentamos sobre la actualidad de las formas de acumulación primitiva en nuestros países. Ver: Jeannot, F., en "2o. Coloquio sobre la Empresa Pública". UAM-A. México, D. F. Agosto de 1985.
- ²⁶ Cesarman, F. "Paisaje roto. La ruta del ecocidio". Oceáno, 1984.
- ²⁷ Lambert, et. al. "América Latina: economía y sociedad". FCE. México, D. F. Varias ediciones.
- ²⁸ Furtado, C. "Discontinuidades entre países...", en **Revista El Trimestre Económico** No. 141. Enero-marzo 69.

- ²⁹ En un sentido afirmativo: Lambert, op. cit.
- ³⁰ Un indicador de ello se encuentra en la evolución de los textos de macroeconomía elemental para los estudiantes de licenciatura.
- ³¹ Sobre los regímenes económicos latinoamericanos y el medio ambiente: Sunkel, O. "La interacción entre los estilos de desarrollo y el medio ambiente en América Latina", en *Revista de la Cepal*, No. 12, Diciembre de 1980.
- ³² Rofman, A. "Influencia del proceso histórico en la dependencia externa y en la estructuración de las redes regionales y urbanas actuales", en Unikel y Necochea, op. cit.
- ³³ Así como se hace en Hardoy y Moreno. "Tendencias y alternativas de la reforma urbana", en Unikel y Necochea, op. cit.
- ³⁴ Volvemos sobre este asunto en el capítulo referido a la industrialización.
- ³⁵ Los estudios disponibles de la FAO señalan los países (Haití y otros centroamericanos) y las regiones (nordestebrasileño) cercanos a los niveles alimenticios que comportan el riesgo de hambrunas, por no citar más que algunos ejemplos.
- ³⁶ Los procesos de valorización consisten en desarrollar los aparatos productivos en función del régimen de precios vigentes, de manera que se amplíen los promedios de productividad para expandir los excedentes y su acumulación.
- ³⁷ Sobre el caso nacional chileno: Arancibia, A. "Chile 1973-1978...", en *Revista Economía de América Latina*, CIDE, op. cit. No. 1, Septiembre, 1978.
- ³⁸ Una vía de razonamiento que dejamos de lado en esta oportunidad está constituida por los efectos de la llamada "crisis" internacional en nuestro medio.
- ³⁹ Parafraseando a Cardoso, F. "Contradicciones del desarrollo asociado", fotocopia sin otros datos.
- ⁴⁰ Mattos, C. "Estrategias de desarrollo regional...", en ILPES, op. cit., p. 218.
- ⁴¹ Hirschman, A. O. "Desarrollo y América Latina..." Serie Lecturas No. 5. *El Trimestre Económico*. FCE, México, D. F. 1973.
- ⁴² Furtado, C. "Creatividad y dependencia". Siglo XXI, México, D. F. 1979.
- ⁴³ Fajnzylber, F. "La industrialización trunca de América Latina". Nueva Imagen, México, D. F. 1983.
- ⁴⁴ En este sentido, reclamar activamente por el sistema proteccionista sería solamente el principio de la secuencia de innovaciones posibles en el plano técnico y en el institucional.
- ⁴⁵ Lichtensztejn, S. "Notas sobre el capital financiero en América Latina". En *Revista "Economía de América Latina"*, No. 4, Marzo, 1980.
- ⁴⁶ Como se hace en : Coutinho, L. e Belluzzo, L. "O desenvolvimento do capitalismo avançado e a reorganização da economia industrial no pós-guerra", en *Estudios Cebrap* No. 22, San Pablo, Brasil, 1978.
- ⁴⁷ Lambert, et. al. Op. Cit.
- ⁴⁸ Como se hace en: Furtado, C. "Politique Economique..." Sirey, París. 1976.
- ⁴⁹ Esa amplia idea del concepto de sustitución de importaciones difícilmente puede atribuírsele con

precisión a un autor como el citado recientemente. Ella consistiría en suponer la creación de nuevas industrias nativas que suplantarán producciones anteriormente importadas. Con esto se indica un

campo conceptual bien diferente del concepto estadístico de substitución de importaciones, con base en los datos del comercio exterior y la producción industrial destinada al mercado interno.